

EL HAMBRE DE LOS DIOSES

JOHN
GWYNNE



John Gwynne

El hambre de los dioses

Serie Hermanos de sangre, 2

Traducción de Simon Saito Navarro

minotauro



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Hunger of the Gods*

© John Gwynne, 2022

Publicado por primera vez en Reino Unido en lengua inglesa como *The Hunger of the Gods* en 2022 por Orbit, sello de Little, Brown Book Group

Mapa de Tim Paul

© de la traducción: Simon Saito Navarro, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Bekki Guyatt — LBBG

Ilustración de la cubierta: © Marcus Whinney

Imágenes adicionales: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2025

Depósito legal: B. 234-2025

ISBN: 978-84-450-1139-3

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

CAPÍTULO UNO

ORKA

Orka estaba en medio de una tormenta de fuego y humo. Las llamas se agitaban y las nubes de ceniza se arremolinaban a su alrededor. El hedor de la muerte impregnaba el aire y se adhería a su garganta. El crujido y el chisporroteo del fuego ocultaban los demás ruidos mientras el mundo ardía. Una sombra la cruzó y advirtió una turbulencia en el aire, como la batida de unas alas enormes. Luego, el grito de un niño desgarró la tormenta: su hijo Breca la llamaba y ella se volvía a un lado y a otro y lo buscaba desesperadamente con la mirada entre el ruido de pasos, pero el mundo solo estaba formado por nubes de humo acres y despellejadas garras de fuego cegador. Orka tropezó con algo, una figura que se desangraba desplomada en el suelo a sus pies, con los ojos sin vida abiertos. Thor- kel, su marido. Su amor. Sus ojos vidriosos y vacíos le sostuvieron la mirada y sus labios se movieron; un estertor ronco, un sonido como el siseo de una serpiente, salió de su cadáver.

«Se lo han llevado».

Orka se despertó con una sacudida y dio un grito ahogado. Al abrir los ojos vio, en la luz gris como el pelaje de un lobo, una sombra encima de ella. Sin pensárselo dos veces lanzó una mano hacia delante para agarrar el cuello de la sombra y con la otra desenfundó el seax del cinturón de armas enrollado que usaba como almohada.

Se oyó una gárgara ahogada.

—Soy... yo —jadeó alguien—. Lif.

Orka se quedó paralizada, con la punta afilada del seax a un dedo del ojo de Lif. Reprimió la necesidad de matar, la tormenta silenciosa que

había permanecido aletargada en sus venas y que había despertado violentamente. Un temblor recorrió su cuerpo. Soltó a Lif, se incorporó y enfundó el seax.

Notó el sabor de la sangre en la boca. Se lamió los dientes, cubiertos por una costra y sangre coagulada, escupió y se puso en pie con un gruñido. Le dolía todo el cuerpo y sus músculos y sus articulaciones protestaron bajo el enorme peso de la brynja sobre los hombros. Clavó una mirada feroz en Lif.

—¿Qué? —bramó.

Se encontraban en lo que quedaba del salón calcinado de Grimholt, la fortaleza de la reina Helka que vigilaba el paso a través de la cordillera Dorsal. En torno a ellos había miembros de los Hermanos de Sangre tirados en el suelo, envueltos en capas, roncando y moviéndose con nerviosismos. Un hombre gruñó y su rostro se agitó sumido en un mal sueño. El fuego de la chimenea se había apagado y su ceniza gris se sumaba a aquel mundo gris. Estaban en el *sólstöður* —la época de los días largos, cuando la noche era desterrada del cielo durante treinta días— pero, a juzgar por la neblina de color peltre que se filtraba por el tejado destrozado del salón, era algún momento del amanecer. Orka se estiró y le crujieron los huesos.

—Quería hablar contigo. —Lif estaba pálido y sus labios azules parecían negros en la penumbra como consecuencia del veneno de la serpiente del hielo que aún corría por sus venas. Sostenía algo en los brazos.

Orka se agachó y recogió del suelo un hacha larga. Se la había quitado a un guerrero al que había abierto en canal con ella. Luego había matado a otra veintena de oponentes con la misma arma. Ahora la hoja estaba limpia, como también lo estaban las de los dos seax y el destal que colgaban de su cinturón. Ella, sin embargo, estaba recubierta de sangre seca. Había querido ocuparse de sus armas antes de dormir y cuidar de sí misma. Se terció el hacha larga a la espalda y un escalofrío la recorrió al sentir el peso familiar. Lo amaba y lo odiaba en la misma medida.

—Pues habla —dijo enfilando con paso resuelto hacia la entrada del salón para salir a la luz del día. Se mordió la lengua para no soltar las rudas palabras que se habían formado en su garganta. No tenía ganas de hablar con nadie. La voz de Breca en su sueño todavía resonaba dentro de su cabeza como si fuera una especie de encantamiento de magia seiðr. Lo único que quería era recuperar a su hijo. Creía haberlo encontrado el día anterior, le había parecido oír sus gritos, y la alegría había encendido un fuego en sus venas. Había abierto un camino sangriento para llegar a él. Pero no

encontró a Breca, aunque sí a otros niños corrompidos, encadenados como thrall, todos ellos raptados por Drekr para solo los dioses muertos sabían qué.

«Pero mi Breca no estaba». Su ausencia había sido como un espadazo que le había hecho un tajo profundo y había estado a punto de acabar con ella. El dolor había manado de ella como la sangre de la herida de una espada. Pero hoy esa herida estaba cicatrizada y cosida de nuevo, y ella volvía a tener un corazón frío y duro. Continuaría adelante. Encontraría a su hijo y no quería que nada la distrajera de ese objetivo. Ni nadie. Sin embargo, el rostro de Lif era la viva imagen del dolor, que también goteaba de sus labios como el veneno de una herida. Él había visto morir a su hermano. Ese niðing de Guðvarr había apuñalado a Mord mientras estaba encadenado a una pared. Había sido una muerte cruel, así que Orka apretó los labios y no le dijo de mala manera que la dejara en paz cuando oyó el chacoloteo de sus pasos siguiéndola.

Una fría brisa le tiró de las trenzas rubias mientras bajaba por una escalera llena de salpicaduras de sangre coagulada. Los cuerpos ya habían sido retirados y apilados en una zanja recién excavada en el patio. A pesar del frío propio de las montañas, ya había una nube de moscas zumbando encima de los cadáveres amontonados. El patio estaba rodeado por una serie de dependencias que llegaban hasta el río, y un camino descendía serpenteando por una pronunciada pendiente hacia una muralla y una puerta cerrada. Cerca de la puerta chisporroteaba un fuego sobre el que colgaba una olla, y Orka vio a Glornir, el jefe de los Hermanos de Sangre, conversando con un puñado de sus guerreros. Einar Medio Trol, un hombre grande como una roca, también estaba allí, en las sombras, removiendo el contenido de la olla mientras charlaba con Jökul, el herrero. Un vendaje cubría el cabello ralo de Jökul, en cuya barba enmarañada Orka vio más canas de las que recordaba. Orka se llevó la mano a la hebilla y las demás piezas de bronce del cinturón y lo recordó forjándolas para ella. Atisbó más figuras en las sombras de los edificios, y otra junto a la puerta de Grimholt. Una de ellas la miró; era un hombre, enjuto como un lobo, con el pelo demasiado corto para ser un Hermano de Sangre. Su cota de malla brillaba y empuñaba una lanza; llevaba el escudo colgado a la espalda y el casco enganchado al cinturón. Orka le sostuvo la mirada con sus apagados ojos y él finalmente miró a otro lado.

Llegó al río, que corría frío y turbulento desde las Dorsales, y el sonido de sus pisadas cambió cuando se adentró unos pasos en el embarcadero de

madera. El día anterior había amarrados allí dos snekkar, unas embarcaciones de pequeño calado y tracas de líneas puras parecidas a los drakkar, pero más pequeñas, con solo una docena de remos. Ya no estaban, y unos cabos deshilachados que colgaban en el agua daban fe de la prisa y la desesperación de los que, huyendo de su venganza, habían saltado a los barcos desde el embarcadero y cortado los cabos en vez de tomarse el tiempo para desatarlos de los postes de los amarres. Orka oteó desde el borde del embarcadero el agua azul como el hielo y la espuma blanca que se amontonaba alrededor de las piedras que se alzaban desde el lecho del río como dientes rotos cubiertos de fango. En las profundidades del agua clara, acurrucada entre las rocas, vio la punta de una cola segmentada y quitinosa; Spert seguía durmiendo después de la batalla de ayer. Su cola se agitaba como si estuviera soñando y levantaba una nube de sedimentos. Muy cerca de la orilla, Orka divisó la figura de Vesli, la tennúr, que también dormía con un ala membranosa extendida como si fuera una capa sobre su cuerpo sin pelo y una pequeña lanza en la mano pálida.

«La lanza de Breca».

Orka dejó el hacha larga y el cinturón de armas sobre las tablas del embarcadero y luego se encorvó, tiró hacia arriba de la brynja y la deslizó por encima de la cabeza como si fuera una serpiente mudando la piel escamada. A continuación se quitó las botas, los calcetines de lana y los pantalones, y finalmente la camisa interior de lino y la túnica de lana a la vez. Se quedó inmóvil en el embarcadero, echando nubes de vaho por la boca mientras se le ponía la carne de gallina. Luego flexionó las rodillas y saltó al río.

El agua la recibió como un martillazo que le vació los pulmones mientras chapoteaba y se sumergía. Notó como la corriente tiraba de ella, pero pataleó y se deslizó por el agua como un salmón para sumergirse casi hasta el fondo. Luego se dio la vuelta y hundió los pies en el barro. Se quedó quieta un momento y paseó la mirada en derredor. Los sonidos llegaban debilitados y la luz se filtraba en torno a ella en haces fracturados desde la superficie: destellos de cientos de tonalidades distintas que semejabán el guðljós de los cielos del norte. Allí todo parecía más lento; el ruido del mundo, la ira y el terror que la dominaban, todo se detuvo durante un momento, congelado y lánguido en aquella agua que brotaba del corazón de las montañas. Empezó a sentir un dolor en el pecho por la falta de oxígeno y la presión crecía dentro de su cabeza, y, sin embargo esperó, agradecida por poder disfrutar de esa tregua del mundo que había arriba. Fi-

nalmente, cuando sus pulmones ya estaban a punto de estallar, cogió impulso con los pies apoyados en el fondo y salió disparada hacia la luz. Emergió con una explosión de espuma. Lif estaba en el muelle, junto a las armas y la ropa de Orka. Tenía algo en las manos. Orka nadó con unas brazadas diestras hasta la orilla y se puso de pie, todavía con medio cuerpo en el agua; se agachó para coger una piedra del fondo, se sentó en una roca plana y se puso a frotarse la piel con la piedra para arrancarse la sangre seca y la mugre que la corriente del río no había limpiado.

Finalmente salió caminando del río. El agua caía de su cuerpo como resplandecientes regueros de hielo. Lif le ofreció una capa de lana. Orka la aceptó y se secó con ella. Lanzó una mirada a su ropa amontonada en el embarcadero, toda acartonada y manchada de sangre y sudor.

—Toma —dijo Lif ofreciéndole el paquete que había estado cargando—. Lo he encontrado allí. Creo que era un almacén de la guarnición. —Había unos pantalones limpios, una camisa de lino y una túnica de lana—. Son los más grandes que he encontrado. Creo que te irán bien.

—Gracias. —Orka cogió la ropa. Primero se puso los gruesos pantalones de lana, luego la camisa interior de lino y finalmente la túnica de lana de color azul grisáceo. Sacudió los hombros para ayudar a las prendas a caer sobre su piel mojada. Después, cogió los calcetines de lana y las botas del embarcadero y se los puso. Levantó la brynja del suelo y se fijó en que necesitaba una limpieza antes de volver a ponérsela. Se abrochó el cinturón de armas alrededor de la cintura, se echó la cota de malla al hombro y se agachó para recoger el hacha larga, que usó como bastón—. ¿Querías hablar? —preguntó fijando la mirada en Lif.

Lif abrió la boca para aspirar una bocanada de aire. Las palabras se habían atorado en su garganta.

—Tres cosas —masculló, y volvió a cerrar la boca. Removió la tierra del suelo con los pies.

Orka miró al cielo y de nuevo a Lif.

—El día no va a esperarte —dijo—. Y yo tampoco.

—Eres una corrompida. La sangre de un dios muerto corre por tus venas. Posees un residuo de su poder —soltó atropelladamente Lif.

—Ajá. —Orka asintió. Introdujo la lengua en un hueco que tenía en la dentadura y se sacó algo que se le había quedado ahí. Escupió un resto de carne del que prefería no pensar de dónde podía haber salido. Había usado algo más que el hacha larga para abrirse paso a través de los guerreros de Grimholt el día anterior—. Soy una corrompida —dijo. Un escaló-

frío la recorrió al oír esas palabras pronunciadas en voz alta. Era un secreto guardado celosamente del que había dependido su vida. Miró fijamente a Lif, esperando ver una mueca de asco o de repulsión en su rostro, pues era habitual que el miedo y el odio acompañaran un descubrimiento de esa índole. Pero lo que vio en sus ojos fue... rencor.

—Nunca me... nos lo dijiste —le recriminó Lif—. En todo el tiempo que pasamos juntos, luchando codo con codo. Te salvamos la vida en Darl, te sacamos de debajo del hacha de Drekr...

Orka suspiró y se pasó la palma de la mano por la cara.

—No es algo que suela ir contando por ahí —repuso Orka—. Es algo por lo que podrían ponerme un collar de thrall o meterme en una jaula. Era un secreto que había guardado durante mucho tiempo.

«Pero Lif confió en mí, me siguió, y no le conté mi secreto».

—Os lo debería haber contado a ti y a Mord —añadió. Se encogió de hombros—. Tienes razón, los dos merecáis que compartiera mi secreto con vosotros.

Lif asintió.

—Así es. En la torre dijiste que ese Drekr está robando niños corrompidos. —Volvió a hacer una pausa mientras rumiaba sus palabras—. Yo no lo sabía, pero ahora claro que tiene sentido. Entonces, ¿Brecia también es un corrompido?

—Ajá. Brecia es un corrompido. Mi sangre de lobo corre por sus venas.

Lif asintió, era evidente que estaba procesando toda esa información.

—¿La segunda cosa? —preguntó Orka.

Lif volvió a levantar la cabeza para mirarla.

—Aquel hombre de ayer, el calvo con la barba cana.

—Glornir, el jefe de los Hermanos de Sangre —dijo Orka.

—Te llamó Machacacráneos.

Orka miró a otro lado y asintió lentamente.

—¿Tú eres Machacacráneos? ¿No dijiste que Machacacráneos estaba muerta?

—Machacacráneos murió el día que abandoné a los Hermanos de Sangre —respondió Orka. Unas imágenes fragmentadas brotaron dentro de su cabeza. No quería hablar sobre ese tema. Nunca había hablado sobre esa época de su vida, ni siquiera con Thorkel. Juntos habían abandonado esa vida, habían metido todo los recuerdos dentro de una caja cerrada con llave y habían guardado todos los objetos que pudieran evocarles algún recuerdo en un baúl que habían enterrado en el suelo de su granja. Lif la

miraba con el dolor y la incredulidad grabados en el rostro como las runas en una piedra del juramento, y Orka sintió la punzada de la vergüenza, oyó el susurro de su vida anterior como un fantasma que le hablara al oído. Respiró hondo—. Llevaba a Breca dentro de mí y no quería continuar con la vida de los Hermanos de Sangre. Muerte y sangre sin fin. Thorkel sentía lo mismo, así que nos marchamos. —Se encogió de hombros—. Fue una decisión más difícil de tomar de lo que parece ahora al hablar de ella, pero en resumen fue eso lo que hicimos. Durante una batalla en el mar saltamos al agua y nadamos hasta la orilla. Los Hermanos de Sangre pensaron que habíamos muerto en combate. Muchos murieron aquel día y nunca se encontraron sus cuerpos. Seguro que sus huesos todavía yacen en las tenebrosas profundidades.

—Cuando te vi ayer, cuando vi lo que hiciste... —dijo Lif—. Parecías... otra persona.

Orka exhaló un largo suspiro.

—Había tenido encerrada a Machacacráneos todos estos años. El grito de Breca, lo que me pareció que era el grito de Breca, reventó los barrotes de la jaula. Y entonces cayó esto en mis manos... —Bajó la mirada al hacha larga que empuñaba y se encogió de hombros—. Machacacráneos ha vuelto y me ayudará a encontrar a mi Breca.

Se instaló el silencio. Vesli, la tennúr, gimoteó en sueños y se retorció en el suelo.

—¿La tercera cosa? —preguntó Orka.

Lif lanzó una mirada por encima del hombro hacia los restos de la torre y frunció el ceño.

—¿Me ayudarás a bajar el cuerpo de Mord y sepultarlo en un montón de piedras? He intentado hacerlo solo, pero todavía está encadenado a la pared.

Orka alzó la mirada hacia la torre, o lo que quedaba de ella. Buena parte del tejado se había derrumbado y dos de sus lados habían desaparecido consumidos por el fuego; las vigas carbonizadas se retorcían como dedos disecados.

—Sí.

Cruzaron juntos el patio, subieron las escaleras y entraron en el salón. Había cuerpos que se retorcían y guerreros tapados con capas que se levantaban. Orka pasó entre ellos para dirigirse al fondo de la estancia, donde había una puerta que daba a una escalera. La madera crujía bajo sus pies mientras Orka subía por ella. Una gruesa capa de ceniza cubría el suelo y

las paredes, y sus pies levantaban pequeñas nubes acompañadas por los gruñidos de los escalones bajo su peso. Llegaron a un pasillo. Una de las paredes se había derrumbado, así que se veía el patio de Grimholt y el río. Delante de ella había una cámara con la puerta reducida a cenizas. Orka entró con cuidado.

El suelo estaba sembrado de cadáveres y brazos amputados, todos ellos carbonizados.

El entarimado crujió cuando Lif la alcanzó y los dos permanecieron inmóviles, contemplando los cadáveres. El cuerpo quemado de Mord estaba apoyado contra la pared del fondo, con un brazo levantado, engri-lletado al muro, y el resto desplomado y plegado alrededor de la herida de la espada en su vientre.

Orka pisó un bastón retorcido y carbonizado que se desmenuzó bajo su peso. Avanzó unos pasos con precaución, levantó el hacha larga y se produjo una explosión de chispas cuando asestó el golpe a la cadena de hierro clavada a la pared. La cadena se partió con un crujido y un chirrido metálico y el brazo de Mord cayó al suelo. Orka se quitó la capa, la extendió junto al cuerpo de Mord y la enrolló alrededor del cadáver con la ayuda de Lif.

Cuando movieron el cuerpo se desprendieron algunos pedazos de carne carbonizada entre sus dedos. Lif giró la cabeza y vomitó sobre el entarimado ennegrecido. Orka ciñó la capa alrededor de Mord y lo levantó del suelo. Pensó que no pesaba nada cuando se lo echó al hombro.

—Te ayudaré —dijo Lif escupiendo un pegote de bilis y secándose las lágrimas de los ojos.

—Ya puedo yo —repuso Orka.

Se oyeron unos pasos en la escalera, protestas de la madera, y una figura apareció en la puerta. Era un hombre de constitución normal, con el pelo rojo recogido en una trenza que le caía sobre la nuca. Una anilla de plata mantenía en su sitio su barba también trenzada y ungida de aceites. Llevaba puesta una brynja resplandeciente y del cinturón le colgaban una espada y un seax. En los brazos exhibía unos gruesos brazaletes de plata. Sus pantalones de lana eran azules y llevaba las piernas envueltas en unas vendas desde las rodillas hasta los tobillos.

—Machacacráneos —dijo el hombre bajando la cabeza.

—Svik. —Orka lo saludó con la cabeza y se detuvo. Se miraron un momento.

—Tienes un aspecto horrible —observó Svik.

—Tú en cambio pareces vestido para el Yule blót —replicó Orka.

—Es importante cuidar el aspecto —respondió Svik encogiéndose de hombros—. Nunca se sabe lo que deparará el día. Ni qué dama afortunada será premiada con mi presencia.

—Sigues siendo un capullo —dijo Orka resoplando.

Svik se echó a reír y sus pequeños dientes blancos brillaron entre su barba, pero la risa no llegó a sus ojos. Miraban a Orka, y la expresión de su rostro cambió lentamente. El buen humor fue sustituido por otra cosa, algo trágico, una imagen escurridiza de dolor y aflicción.

—Nos abandonaste. Hiciste un juramento y aun así nos abandonaste —dijo entre dientes.

Orka lo miró fijamente. Las palabras que se habían formado dentro de su cabeza no conseguían llegar a su lengua.

Svik pestañeó y miró a otro lado.

—Glornir quiere verte.

Orka soltó un gruñido y se puso en movimiento. Svik se apartó para dejarla pasar por la puerta. Lif cogió el hacha larga de Orka y salió detrás de ella. Svik los siguió. Los tres bajaron por la escalera y salieron al patio. Se habían encendido más fuegos y borboteaban más ollas. Orka percibió el olor de las gachas y de la miel. Los guerreros de los Hermanos de Sangre se arremolinaban en el patio y los terrenos de Grimholt; había unos cuantos en la empalizada que protegía la fortificación de norte a sur.

Glornir estaba esperándola. Su barba ya era más gris que blanca. La miraba con unos ojos adustos y sujetaba distraídamente el hacha larga en una mano enorme. El parecido con su hermano asomaba en sus ojos y en las líneas y las arrugas de su cara, y Orka se estremeció al recordar a su marido muerto. En torno a Glornir había otros guerreros que Orka reconoció: Einar Medio Trol, tapando el sol; Jökul Mano de Martillo, el herrero; Edel, con su cabello plateado recogido en una trenza, el ojo destrozado y sus perros lobo, y Røkia, demacrada y con las cicatrices del látigo. Había otros que Orka no conocía, la mayoría más jóvenes: un hombre de piel oscura con la cabeza rasurada salvo por una larga trenza negra, sin barba pero con unos largos bigotes atados con unos cordones de cuero, con un sable curvo colgando de su cintura y los pantalones bombachos típicos de Iskidan; una mujer rubia con la nariz aplastada, y el hombre que la había mirado antes, con el pelo corto y una barba que era poco más que una pelusilla entre aquellos guerreros llenos de trenzas. Sin embargo, poseía un buen equipo: una brynja engrasada y resplandeciente, un seax y un destrál

colgados de la cintura y un magnífico casco con protección para los ojos abrochado al cinturón. Ceñido al brazo exhibía un brazalete de plata.

Orka se dirigió con paso resuelto hacia Glornir y depositó con delicadeza el cadáver amortajado de Mord en el suelo. Lif se detuvo a su lado y le devolvió el hacha larga. Svik regresó junto a Glornir y el resto de los Hermanos de Sangre.

—Tenemos mucho de qué hablar, Orka —declaró Glornir—. Ayer, cuando te encontramos, eras una úlfhéðnar, y en tu aflicción el lobo estaba suelto en tu sangre.

Orka se limitó a asentir con la cabeza, pues sabía que era verdad. Solo tenía algunos recuerdos fragmentados: sangre, los gritos de los moribundos, el hallazgo del cobertizo lleno de niños, echar la cabeza hacia atrás y aullar al descubrir que Breca no se encontraba entre ellos, la llegada de Glornir con los Hermanos de Sangre cuando estaba sentada en la escalera, empapada de sangre y destrozada por dentro. Lo recordó abrazándola.

Al mirarlo ahora, sin embargo, veía en su espalda y en sus hombros musculosos que él también estaba destrozado.

—¿Qué pasa? —preguntó Orka.

—Vol —respondió Glornir torciendo los labios—. Se la han llevado. Un galdramaðr niðing.

—Skalk —dijo Orka palpándose la cabeza. Tenía un chichón cubierto de sangre seca donde el galdramaðr la había golpeado con su bastón—. Ha estado aquí —espetó—. Con un guerrero drengr y un prisionero que llevaba cruzado sobre el caballo.

—Son ellos —gruñó más que pronunció Glornir. Orka podía ver el berserkir que vibraba y palpitaba en su sangre—. He buscado sus cuerpos, cualquier rastro de ellos.

Orka cerró los ojos mientras pensaba y repasaba las imágenes fragmentadas de la carnicería del día anterior.

—Huyeron. En un snekke que estaba amarrado en el río. —Señaló con la cabeza el embarcadero. Glornir y los demás se volvieron hacia allí.

Vesli, la tennúr, se movió en sueños junto a la orilla, se revolvió y lanzó un grito agudo y estridente. Orka echó a correr hacia el vaesen. Vesli abrió de golpe los ojos y se incorporó gimoteando.

—La destripadora de cadáveres está suelta —graznó Vesli encogida de miedo, escrutando el cielo con sus diminutos ojos. Algunos Hermanos de Sangre también alzaron la mirada al cielo.

—Solo ha sido un sueño —la tranquilizó Orka posando una mano

enorme en el hombro de Vesli. Ella también recordaba su sueño de fuego, cenizas y alas batidas.

—No —dijo Vesli—. Lik-Rifa ha sido liberada de su jaula debajo del suelo.

Orka frunció el ceño y desde los Hermanos de Sangre llegó un murmullo de voces.

—Solo son pesadillas —repuso Glornir. Sin embargo, su ceño arrugado parecía un negro nubarrón.

Se produjo un borboteo en el río y la cabeza de Spert salió bruscamente a la superficie. El vaesen se balanceaba con la corriente. Miró a los guerreros con los negros ojos saltones que tenía en la cara gris como cera derretida.

—Es verdad lo que dice Vesli —declaró con voz ronca Spert—. Lik-Rifa está libre. —Se pasó una gruesa lengua negra azulada por los labios—. Spert tiene hambre. ¿El ama ha hecho gachas?